

"La Guerra de la Restauración vista "desde abajo"

Parte de la Conferencia de Raymundo González en la Academia Dominicana de la Historia, 16 de agosto 2010

"...Bonó comienza su relato ("En el cantón de Bermejo") refiriendo el propósito de su visita: ... *"en mi calidad de Ministro de Guerra hacía yo una visita de inspección en toda la línea del Este y a la cinco de la tarde, después de un viaje penosísimo y bajo una lluvia constante llegué a las avanzadas del cantón de Bermejo."* Cuenta que todos los que por allí andaban, sin distinción de jerarquía y al parecer sin mucho orden, se le acercaron a darle la bienvenida: *"Me salieron al encuentro jefes y soldados, y rodeado de todos ellos llegué a la Comandancia de Armas"*. Acompañado por este grupo llegó a donde estaba dicha comandancia, que también tenía el mismo aspecto que el resto del puesto militar: *"La Comandancia de Armas era el rancho más grande de todo el Cantón, donde todo estaba colocado como Dios quiera."* De inmediato refiere que *"el parque eran ocho o más cajones de municiones que estaban encima de una barbacoa y acostado a su lado había un soldado fumando tranquilamente su cachimbo"*, figúrense ustedes cómo andaba aquello. Completa así la descripción de la comandancia: *"Varias hamacas tendidas, algunos fusiles arrimados, dos o tres trabucos, una caja de guerra [un tambor, R.G.], un pedazo de tocino y como 40 ó 50 plátanos era todo lo que había."*

Afuera de la comandancia estaba un cañón que se había salvado en la acción ocurrida unos días atrás en que las fuerzas restauradoras, al mando del coronel Santiago Mota, habían sido arrolladas por las fuerzas españolas bajo el mando del teniente general Santana. Bonó expresa que *"dicho cañón estaba en tan lamentable estado que las llantas de las ruedas estaban aseguradas o roteadas con hilos de enseronar."* Desde luego, aquel remiendo hecho con fibras vegetales de la industria rural del país permitía el uso del cañón, el cual quedó así rehabilitado.

Después, *"en quince minutos cuatro hombres por 50 centavos, me hicieron un rancho"* en donde se alojó de inmediato con todos sus enseres: *"Colocamos en él las sillas, la carga, las armas"*. Un asistente le colgó la hamaca, donde luego se echó a descansar. El rancho no estaba bien techado, ya que más tarde así se lo advirtió el jefe del cantón. Afuera en la sabana quedaron los caballos, donde también podían comer del pasto que allí crecía. En todo esto, más parecía que recibían a un familiar que a un ministro.

Poco antes había preguntado al comandante de artilleros, Pedro Faustino Royer (a) Grullo, por el coronel Mota, le informó que había salido a conferenciar con Manzuela y que regresaría aquella noche. Poco después, ese mismo día, a la llegada del coronel Mota, salió Bonó a recibirle y a conversar con él. Este le refirió que le esperaba desde el día anterior, pero que debió atender al llamado urgente del Presidente Salcedo. Le informó que debía prepararse para atacar al enemigo en Guanuma después de recibir refuerzos de Yamasá que debían llegar pronto. Le preguntó el ministro: *"¿Pero usted está listo?"* A lo que contestó: *"Como siempre y cada día con más deseos de batirme y de acabar de botar a esos blancos."* Y aun

describe Bonó la actitud y los detalles gestuales con que le habló el coronel: *"Los ojos de Santiago despiden llamas al hablarme. Su porte y ademanes indicaban el valor y el arrojo, la impaciencia que le dominaba por batirse, como él decía".*

Bonó detiene su relato para hablar en pasado de este joven valiente, pues la muerte le sobrevino poco después.

Al volver a su rancho para pasar la noche hizo Bonó varias observaciones de interés: El cantón estaba dispuesto en forma de *una "larga y tortuosa calle de ranchos"*. Refiere que *"acababa de llover a torrentes, pero la noche había aclarado bastante para percibir todos los objetos a larga distancia."*

Sonidos e imágenes vienen al observador reflexivo que comenta y recoge el mínimo detalle: *"El cantón como una colmena humana hacía un ruido sordo. Había una multitud de soldados tendidos en el camino acostados de una manera particular: una yagua les servía de colchón y con otra se cubrían, de manera que aunque lloviera como acabada de suceder, la yagua de arriba les servía de techumbre y la de abajo como una especie de esquife, por debajo de la cual se deslizaba el agua y no los dejaba mojar. A esta yagua en el lenguaje pintoresco de esa época se le llamaba la frisa de Moca."*

Añade enseguida: *"En muchos ranchos se oía el rosario de María con oraciones estupendas. Dos o tres ciriales alrededor de una enjalma tendida indicaban una talla."* Cabe recordar aquí una anécdota que cuenta Archambault en relación a la devoción a la virgen y las tallas de la imaginería popular. Este refiere que en el momento más recio de un combate, algunos patriotas se arrodillaron frente a la imagen de la virgen María y le pedían: *"Ataca, madre, que nos comen los españoles"*.

Pero no todo eran oraciones: *"Al pasar cerca de ellos vi que uno decía que había ganado seis reales y otro que había ganado cuatro y otro que había ganado cuatro hojaldras de catibía"*; así vemos que las apuestas podían ser en pequeñas sumas de dinero o en género de poco valor.

Entonces pudo observar de cerca uno de los componentes de la tropa: *"vi a un individuo dándose paseos gravemente vestido con un frac de paño negro, pero debajo del cual, como el escudero del Lazarillo de Tormes, no había camisa ni otra pieza que impidiera su contacto con las carnes; este individuo solo tenía unos calzoncillos"*. Después, nuestro ministro se fue a dormir.

Al día siguiente, *"ya alto el sol salí otra vez"*, dice Bonó. Encontró que: *"todo el cantón estaba en pie. Se pasaba revista. No había casi nadie vestido. Harapos eran los vestidos; el tambor de la Comandancia estaba con una camisa de mujer por toda vestimenta; daba risa verlo redoblar con su túnica; el corneta estaba desnudo de la cintura para arriba. Todos estaban descalzos y a pierna desnuda. Se pasó revista y se contaron doscientos ochenta (280) hombres: de Macorís como cien, de Cotuí unos cuarenta, de Cevicos diez y seis; de La Vega como cincuenta; los de Monte Plata contaban setenta hombres, todos aunque medio desnudos con buenos fusiles, pues con armas y bagajes se habían pasado de las filas españolas a las nuestras. Su rancho espacioso los contenía a todos y estaba plantado al bajar el arroyo."* Esta era la gente de Eusebio Manzueta.

La situación del armamento era sin embargo muy desigual con respecto a los demás grupos mencionados: *"Se pasó revista de armas cotuisanas, macorisanas, ceviqueñas, solo tenían seis trabucos, cuarenta carabinas, diez y seis fusiles; la caballería solo tenía dos o tres pistolas de piedra, pero todos tenían sables de infantería y caballería."* En primera persona, agrega: *"Pasé revistas de municiones: catorce cajones de cartuchos, de pólvora mojada, conteniendo cuatrocientos paquetes de diez y seis cartuchos cada uno"* para un total de 6,400 cartuchos; *"cinco cargas de cañón, doce potes de metralla y diez balas rasas; y en frente había un ejército de ocho mil hombres de tropas correctas y provistas"*, con lo que subrayaba la completa inferioridad de las fuerzas restauradoras.

Bonó, continuó la inspección preguntando al comandante: *"¿Y cómo comemos aquí?"* A lo que el coronel Santiago le respondió: *"No hay cuidado, me dijo, cada soldado es montero, en cuanto pase la revista verá usted"*.

"Acabose esta y todos se dispersaron: unos cogían calabazos y bajaban por agua al arroyo, otros mondaban plátanos y los ponían a asar."

"Yo visité más detalladamente los ranchos, en los que no faltaba una tasajera con uno o dos tocinos, y beneficiaban uno o dos cerdos. El cantón en masa vivía del merodeo, pero le era fácil, porque estaba en medio de una montería."

El ministro conocía muy bien la montería. Había sido desde la época colonial temprana una actividad económica para suministrar leña y madera a las industrias rurales, pero también de subsistencia para los esclavos, negros libres y otros vividores, por la abundante cacería de reses y puercos cimarrones que había en ella, y aun de resistencia en épocas de persecuciones, como sucedió durante las batidas contra los vagos en la última etapa de la colonia. Los terrenos que ocupaban la montería servían como una especie de despensa ya que había caza y frutos silvestres para los merodeadores, que solo lo eran si monteaban sin el permiso del dueño.

Bonó llamó la atención del comandante para que pusiera remedio a la situación. Recordaba que conoció durante la revolución de 1857 al propietario del hato de San Pedro al que pertenecía la montería donde estaban situados y pidió se le llamara para llegar a un acuerdo con él para que entregara reses a cambio de títulos al portador que Bonó le entregaría a nombre del gobierno revolucionario. Dio la casualidad que el viejo Isidro, como se llamaba dicho propietario, estaba ese día de visita en el cantón: *"Se nos acercó un viejecito como de setenta años, moreno, todo encorvado, pero listo y despejado, aunque apoyado en un garrote. - Señor Isidro, le dijo Santiago, éste es el señor Ministro de la Guerra."*

Conversaron sobre el tema y le propuso hacer el mismo negocio que en el 1857. El viejo recordó que suministró a los revolucionarios de entonces *"más de docientas mancornas [que] me pagaron en Santiago en oro, señor, en oro todas y bien pagas"*. Pero entonces, dijo a Bonó el viejo Isidro: *"-Oh, ahora no se puede así, el enemigo está en San Pedro y no deja sabanear."* La presencia del enemigo en sus tierras le impedía proporcionar las reses como hizo antes; en cambio, le

propuso lo siguiente: *"mande a coger reses de mi tierra, dijo, todas las que quiera, que después nos arreglaremos"*.

Bonó le agradeció su gesto en nombre de la nación. A lo que respondió: *"-No hay por qué, señor, los españoles me hieden a una legua."* El relato termina con una última observación sobre el modo de preparar el fogón por los soldados-monteros: colocando *"tres estacas a una altura de seis pulgadas formando un triángulo rectángulo sobre los cuales se asentó un caldero..."* El ministro, su invitado el viejo Isidro y sus asistentes se preparaban para almorzar antes de seguir el camino....".

Actividad: Trabajo en sub-grupos de inferencia y plenaria.

Leer el material y luego en sub-grupos inferir las características del ejército restaurador según lo descrito por Pedro F. Bonó. En plenaria exponer las conclusiones a las cuales llegó cada grupo.